

Carpe mortem

Luis Carlos Mussó³

Terror de te amar num sítio tão frágil como o mundo

Sophia de Mello Breyner

170

Nada de lo que escribo se parece a la noche, y todo lo que escribo se parece a la noche: la raza melancólica pasa inadvertida como barco fantasma que atraviesa, en tiempos que no existen, la bruma griega. Porque divulga su médula en tanto dique de luz que cae en picada sobre tardes achatadas en los polos. Y los nombres que desgastamos al unísono como quásers de la sangre, como cerdos de la dicha, como palabras hospitalarias donde pretendimos bóvedas para antes y después de las fiebres. Y en el Jardín del Dolor quebramos miles de botellas contra el vacío para inaugurararlo en una ceremonia de botamiento con palomas de carbón hecho celliscas.

Porque estas manos baldías son cuenco para bebidas tristísimas,

buscan parentesco con andanas que remolcan nuestro delta hacia la noche.

Porque todos guardamos un órgano delator piel adentro

3 Luis Carlos Mussó (Guayaquil, 1970) ha publicado doce poemarios entre los que figuran *Propagación de la noche* (2000), *Tiniebla de esplendor* (2006), *Cuadernos de Indiana* (2014) y *Mea Vulgatae* (2014). También las novelas *Oscurana* (2011) y *Teoría del manglar* (2018), además de *Épica de lo cotidiano* (2013, ensayo) y *Rostros de la mitad del mundo* (2015, semblanzas). Diez veces premio nacional de literatura, es doctor (c) en Letras por la Universidad de Alicante y se desempeña en la cátedra. Sus colaboraciones han sido traducidas a siete lenguas.

y estridentes hebras de muerte retumban en labios de
un ejército

y tu voz derrumba mis murallas cabalgando esta
ceguera: presiento

un diente de león que vuelve después de volar sobre
el mundo,

es el mismo diente de león que solté en los
aterradores años de la infancia

y que ahora duda si estallar sobre mi mano o en mi
cráneo

sus asteroides negros.

A cada muralla, en el clamoroso silencio de zarzas
trenzadas con alambre de magnesio, adquieres el gesto
del que habla a la vera de las ruinas de un río. El tren
que somos zigzaguea entre galaxias indudables; del tren
que somos nos apeamos, agujero negro recién descubierto:
con los nombres expuestos nos pensamos entre astas de
un ciervo malherido. Liberas a los mastines del deseo
de sus bozales, porque a cada jornada concierne menos
el edicto de las palabras. Y una escuadra de halcones se
asoma al abismo igual que cuando los nombres me hablan
en lenguas muertas y despeñan ladrillos de adobe: más
certero que el abandono de orquídeas de agua, que la
oquedad de la muerte, que la zanja cuarteada en mitad
de este desierto mío.

171

Enarcas la existencia como rama de la acacia

en la que se posa el error de los leucocitos. Mi
nombre,

en tu voz, fagocita un reguero de renglones. Cómo
derivar

el texto de los muertos hacia el borde de una isla de
desechos

-plástico, latas de aluminio, madera postergada-,
toda vez que las aves marinas colisionan sus teoremas
paralelos al agua que migra, aunque la suya sea otra
guerra,
aunque el bulto que parpadea en sus gargantas
sea el dialecto de la imago indiscutible
-en la silueta ocre de los muertos-.

172

Nuestra memoria se dobla sobre el estero como sauce que
somete el cuello ante una cuchilla de jade al atrapar
la neblina en un frasco. Teníamos ampollas grapadas a
las manos, murallas de piel que inventaban consignas
resueltas, teníamos el cuerpo ancho como un bosque
sin el rostro preciso, como un barco de arena, como
rompehielos en la espesa Antártida, como estalactitas
en la lengua, como su cabalgadura de consigna musgosa.
Y en una noche degollada por la luz, un ángel ciego
posa el dedo índice en sus labios ligeros como el
cráneo de un colibrí, junto al libro donde una manada
de bisontes arrasa nuestros susurros de coral color
cobalto. Posas la mano sobre esos labios suficientes,
temeroso, igual que ante el corpulento percherón que
derrota nuestra confianza -estrecha como espolones de
una mantarraya surcando la lengua-.

Se ve al cielo desde el llano Chajnantor en el
desierto de Atacama,
se lo escruta desde Mauna Kea, desde el Observatorio
de Arecibo
y el de Pingtang. Millones para el personal, para la
infraestructura,
pero no instalo paneles ni empino detectores de luz

para buscarte. Con ojos cerrados en este otro
desierto, te ansían los arneses

de mi sangre. Y mis dedos quebrados sangran luz
porque las mitades no existen.

Llamas le llamas a esto que somos. Y un río clausura
la muerte

en mis ojos como quinqué de luciérnagas. Y se yergue
un ángel

de hielo clandestino. Y un caballo de madera ingresa
a mis adentros.

Como dientes de león que vuelan en manada, ángeles de
la muerte se empinan hacia el matadero: fraguan el
satélite que ingresa en mis arterias dibujando témpanos
en la sanguaza. Y el cielo de la boca muta en agua
desnuda, en origami profundo a ras de noche. Y en la
paginación del tedio mis manos sangran con cada pérdida
de luz, en la mirada neutra de mi padre muerto, en sus
manos tiesas que hacen inventario del mundo.